

# LOS GRUPOS Y LA QUEJA

Ana P. de Quiroga

## Introducción

Nos proponemos aquí solo una aproximación al análisis de la queja y su persistente presencia en el campo grupal. A nuestro entender esta conducta, para ser comprendida, requiere ser inscrita en la compleja relación entre procesos subjetivos, el orden socio-histórico y ese espacio de mediación y articulación que es el grupo. Esa dialéctica, mutuamente configurante, es un eje de investigación de la psicología social, particularmente la que se funda en el pensamiento de E. Pichon-Rivière.

Esta situación de queja, que hoy adquiere la relevancia de un emergente que expresa rasgos de la subjetividad, de la vida social y el acontecer grupal, debe ubicarse en una secuencia histórica que nos diga de sus antecedentes y actuales condiciones de producción. Suponemos que ese posicionamiento ante sí y los otros, ante el mundo, que se manifiesta en esa modalidad relacional-comunicacional que llamamos queja, tiene una existencia milenaria.

Hemos registrado y trabajado la queja durante décadas en diversos ámbitos grupales. Sin embargo, hoy se recorta con particularidad como objeto de indagación, plantea interrogantes y requiere hipótesis para su interpretación, dados los cambios cuantitativos y cualitativos de sus manifestaciones en distintos espacios vinculares. Encuadraremos esta reflexión en algunas ideas centrales de nuestro marco teórico, las que remiten a la concepción de sujeto, de grupo y sus interrelaciones, así como al rol fundante del orden social.

El psiquismo se constituye en la interioridad del vínculo, el grupo y otras instancias interaccionales. En estos primeros ámbitos de experiencia el sujeto es “modelado” por el orden socio-histórico que lo sostiene y determina., en una dialéctica que requiere y se efectiviza en múltiples mediaciones. Ese orden se expresa en las instituciones sociales a las que da forma y contenido, y a través de las cuales alcanza no sólo presencia sino significativos grados de eficacia causal en el acontecer inter e intrasubjetivo. Por ello afirmamos, que el sujeto es “productor y producido”, y se configura como tal en y por una complejísima trama de vínculos y relaciones sociales. Es a la vez, actor y síntesis de esa multiplicidad de relaciones.

¿Qué lugar ocupan en esa trama y en esa configuración subjetiva el vínculo y el grupo? Vínculo y grupo son “locus nascendi del sujeto” (J.Moreno), “matriz modeladora del psiquismo” (Foulkes) y por tanto, necesaria condición de su emergencia. Allí éste surge y se gesta, como cuerpo en el interior de otro cuerpo, en un protovínculo, el que se desarrolla en la interioridad de un proceso grupal-familiar, normatizado, a su vez, por un orden sociohistórico concreto, del que forma parte. Por su rol fundacional en la constitución del sujeto, por la grupalidad subyacente a ese primer proceso vincular, por la articulación primaria cuerpo-madre-grupo, el grupo podrá ser, más tarde, metáfora del cuerpo, metáfora de la madre y estaría en condiciones de cumplir, en relación a los sujetos que lo integran, una función de sostén, continencia y desciframiento o función yóica. En ese sentido, sería heredero de esa función inicial, a la vez que puede erigirse en espacio transicional, convocando, evocando y provocando vivencias y mecanismos arcaicos.

La situación grupal -realidad objetiva y a la vez, construcción subjetiva- es recorrida por intensos procesos de proyección y transferencia. Así como resulta instrumento de trabajo y creación, desarrollándose en los aspectos de crecimiento, opera también como espacio en el que emergen fenómenos primarios. El grupo, reinterpretado desde el mundo interno de sus integrantes, puede ser significado o, mas aun, ilusionado, como sustituto de lo que nos completa, de aquello de lo que se carece.

Un rasgo de la función de sostén que adjudicamos a la estructura grupal es su condición de ámbito e instrumento de elaboración, procesamiento, transformación y simbolización. Sin embargo, con frecuencia, por su carácter escénico, y desde lo arcaico y fundacional de su presencia en el sujeto, el grupo se convierte en espacio en el que surgen y se despliegan procesos regresivos de mayor o menor intensidad. Sin la

comprensión de estos contradictorios rasgos de lo grupal, resulta difícil abordar la problemática, o más precisamente, la “dramática” de la queja.

Hablamos del grupo o los grupos como instancias de mediación y articulación. ¿Entre qué y qué se darían estos procesos? Entre el mencionado orden socio-histórico y el mundo interno del sujeto constituido en una trayectoria vincular. La organización psíquica, aún alcanzados sus máximos niveles de desarrollo, complejización y organización, por su carácter de sistema abierto en relación dialéctica con la realidad, es siempre una estructura-estructurándose, (E. Pichon-Rivière) en permanente movimiento de modificación e integración. Ese movimiento incesante hace de la continencia y el sostén social, grupal y vincular una necesidad omnipresente.

A la vez, grupo y sujeto guardan entre sí una relación de doble y recíproca institución. El grupo es, por lo ya planteado, instituyente del sujeto, en su génesis y en cada aquí y ahora. Pero éste, dialécticamente, desde su hacer, su representar, internalizar, integrar, es instituyente del grupo, al que atribuye distintas significaciones. Despliega en él necesidades, fantasías, tareas.

Cuando hablamos de la inscripción de la situación de queja y su presencia en el campo grupal, encuadrándolo en la multidimensionalidad de la relación entre el orden socio-histórico y la subjetividad, lo hacemos desde la consideración de ese orden en tanto fundante. Sin negar la especificidad propia de los procesos subjetivos y del plano grupal afirmamos la determinación de los mismos -en última instancia y a través de diversas formas de interpenetración- por las relaciones sociales. Éstas, portadas por cada uno de los sujetos, se manifiestan con una modalidad particular en el sistema interaccional del vínculo y de la trama grupal.

Creemos que esta perspectiva de análisis, articulada con aquella que indaga la relación grupo /sujeto / función de apoyatura, resulta imprescindible para lograr un nivel de comprensión del tema que abordamos ya que, se interrelacionan necesariamente una sociedad que genera y fomenta una “cultura de la queja” (Hughes), un sujeto vulnerable -que oscila entre la idealización y la impotencia- y un acontecer grupal en el que se instala el reclamo.

El particular tipo de reclamo, al que caracterizamos como queja por su modalidad de enunciación, su insistencia, su tono, dice de la certeza de un destino de frustración. La queja habla de rasgos de la subjetividad y la grupalidad actual.

En el ámbito del grupo como espacio de articulación, tiende a reproducirse la cotidianidad. Esto es: la forma inmediata en que experimentamos las relaciones que sostienen la vida social y le dan forma. Las vicisitudes y crisis de la cotidianidad dan lugar a modalidades de encuentro o desencuentro con el otro, de incluirse en un proceso interaccional, de significarse a sí mismo y a los demás, así como a la situación grupal y su tarea<sup>1</sup>.

Ciertas fantasías y formas de vinculación, comunicación y aprendizaje, emergen o se intensifican en función de las alternativas del orden social y de los aspectos subjetivos que en ellas se gestan. Como ya lo anticipáramos, en ese escenario situamos la problemática de la queja.

### **La queja: ¿la encerrona de un malestar sin resolución?**

El término queja es multívoco, y por lo tanto equívoco. Con él haremos referencia, en este abordaje, a una conducta estereotipada, una manera congelada de tramitar el malestar en un vínculo o en una red grupal.

La queja se vehiculiza en un discurso en el que algo o alguien queda descalificado o denigrado, y en el que los sujetos que lo enuncian dicen de su frustración y escepticismo respecto de la reparación de lo que se vive como abandono, ofensa, daño o maltrato. Este acontecer, dado en un campo interaccional, trasciende el hecho puntual u objeto de la queja. Es una modalidad relacional e indica la creciente presencia o instalación del malestar. Más aun, podríamos hablar de un “situarse” subjetivo y vincular en el escenario grupal, que se da desde un malestar, que rápidamente deviene queja. Insistimos en la idea de malestar porque malestar y queja están profundamente entrelazados. Es necesario señalar que esa vivencia de

malestar no conduce necesariamente a la situación de queja. Por el contrario, puede y suele ser el fundamento de otra forma de posicionamiento, de naturaleza activa, que intenta la transformación y que muchas veces se expresa como un tipo de protesta, la que apunta a un desenlace que revierta las causas de frustración.

En dicha forma de protesta, la relación con aquello que genera el malestar es de rebeldía e indignación, lo que moviliza un ejercicio explícito de poder, de lucha y creatividad. En la queja, por el contrario, encontramos señales de impotencia, desesperanza y resignación, cuando no de sometimiento. Estos sentimientos hablan de un padecimiento en el que la inermidad propia y lo que se vive como indiferencia del otro o lo otro se asumen como destino ineluctable, como la forma de ser de la realidad.

La queja se liga a un proceso de victimización y particularmente de autovictimización, con un argumento interno que incluye a un otro, victimario, abandonante, implacablemente sordo ante el dolor y el reclamo. Desde una autoestima debilitada, desde las vivencias de vulnerabilidad, fragilización, soledad y aislamiento, desde el registro de una falta que se siente irreparable, aquello que causa el malestar puede ser acusado, denigrado, pero nunca efectivamente confrontado.

En la escena que subyace a la queja (y a esto nos suele remitir su reiterada presencia en el campo grupal) hay sujetos que constatan una discontinuidad radical entre sus anhelos, sus ideales y la realidad, sin poder tolerar la situación desarrollando un aprendizaje. Caen entonces en la impotencia y no encuentran otro camino para resolver esa situación que insistir en lo que falta, lo que no se dio, lo que no está ni estará, sin esperanza de reparación.

Si ese proceso -que se da en forma normal en distintos momentos del acontecer vincular- se estereotipa podemos inferir que la relación grupal no estaría dando lugar a la elaboración y el procesamiento de ansiedades primarias, lo que permitiría el acceso a otro plano de discriminación, simbolización y acción. Por tanto, aspectos de la función yoica o de sostén estarían puestos en cuestión, al no poder articularse fragilidades y fortalezas, así como lo semejante y lo diferente.

El discurso de la queja da cuenta del dolor ante la ausencia de una gratificación permanente e ilimitada, fantaseada a partir de la ilusión de un vínculo fusional. Ese anhelo y lo que de su cumplimiento devendría quizá nunca se explicitó, quizá nunca accedió a la conciencia. Sin embargo, para quien se siente victimizado, debió ser anticipado, descifrado por otro y no lo fue. Aquello ilusionado era vivido como lo esperable, lo obvio, desde su impensable falta. A partir de ese fracaso vincular se instala la frustración, se potencia la vulnerabilidad, la sospecha, y lo enunciado en la situación de queja es indicador de una permanente confirmación de esa discontinuidad. Por ello, en ese tipo particular de reclamo, está "prevista" la ausencia de la respuesta anhelada, la condena a ser desoído. La queja persiste y lleva la marca de la repetición porque se sostiene en la intensa y a la vez enmascarada ira de la melancolía, ante el registro de lo que se vive como abandono, como insignificancia para el otro, como angustia de inexistencia.

A la vez en la queja están presente y operantes, (aunque profundamente encriptados en los delgados y tantas veces invisibles hilos que vinculan y diferencian la depresión y la melancolía) los sentimientos de ambivalencia y culpa, la proyección de la propia hostilidad, así como el temor a la destrucción y la hostilidad del otro. Todo ello circula en esa complejidad de vivencias concientes e inconcientes, con una modalidad peculiar de la escena de crimen y castigo.

Estamos ante una de las situaciones de regresión en el campo grupal, en la que no domina lo fusional, ni la vivencia de refugio (la que quizás haya sido una fantasía previa, ligada al anhelo del reencuentro con lo idealizado de los vínculos fundacionales) sino la amenaza de desintegración subjetiva, de carencia sin apoyatura, lo que también remite a vicisitudes de esos vínculos primarios.

Pero si esta situación nos remite al análisis del proceso grupal y la historia y dramática interna de los sujetos que en él se incluyen y le dan vida, nos conducen también a otros interrogantes. Uno de ellos es: ¿qué ocurre con la función de sostén y continencia que el orden social y sus instituciones deben cumplir respecto del sujeto? Algo está ausente, quizás en colapso.... ¿Cuál es la significación del sujeto en ese orden? ¿Cuál es el destino social de sus necesidades?

Desde un criterio de salud interpelamos a las relaciones sociales y en particular, al llamado “nuevo orden mundial” que aun hoy, en plena crisis y cuasi derrumbe, persiste en autodefinirse, desde sus centros de poder, como el “único mundo posible”. Y aunque el discurso ya no puede sostenerse en el triunfalismo condensado en el anuncio del “fin de la historia”, “la sociedad de cumplimiento de deseos”, su mensaje es que ese orden debe ser rescatado a cualquier precio. Se lo podrá retocar, sin modificar su esencia, en aquello que sea necesario para garantizar la continuidad del mismo ya que de lo contrario solo podría sobrevenir la catástrofe, sin existencia de ninguna otra alternativa al sistema actual.

En ese interpelar nos preguntamos: ¿hasta qué punto esas relaciones fundantes favorecen, o por el contrario obstaculizan la existencia de un sujeto integrado, en sí y con otros, conciente de sus contradicciones, de la naturaleza de las relaciones en las que está inmerso y de las que es actor. Un sujeto con capacidad crítica, de aprendizaje y creatividad, que pueda registrar tanto falencias como potencialidades. ¿En qué medida favorece u obstaculiza que un sujeto producido y emergente de esas condiciones concretas, pueda asumirse en su identidad esencial de productor de su vida material y social, así como del universo simbólico que a su vez lo alberga y constituye? Ese orden, ¿posibilita o impide que los sujetos que lo integran se reconozcan como protagonistas de la Historia? Los rasgos subjetivos y de grupalidad que se ponen de manifiesto en una actitud de queja estereotipada, delinean ya una respuesta a esas preguntas. Retornaremos más tarde al análisis de ese interjuego sujeto, sociedad, grupo, a fin de alcanzar una visión abarcativa de la cuestión que abordamos.

Hemos planteado ya que en las vicisitudes del acontecer grupal la queja aparece como conducta recurrente, como un punto al que se retorna cuando ya aparecía como superado. Ante esto, uno de los riesgos es la naturalización del fenómeno, lo que oscurecerá su sentido, la obviaré como emergente y aportará a la confirmación de un destino de abandono, perturbando todavía más la elaboración de los contenidos que ella expresa.

Encontramos muchas veces que ese obstáculo en el trabajo de lo que emerge como queja, está fundado en mecanismos de disociación y proyección que operan como defensa ante el dolor de transitar por instancias de conocimiento subjetivo y vincular. Éstas implicarían insight y renuncia a la idealización, a la ilusión y a la dependencia que, como síntoma, la queja sostiene. Esa renuncia obligaría al sujeto a un nuevo posicionamiento, a una transformación de sí y de sus modalidades de vínculo e inserción social. En síntesis, a una redefinición de su ser-en-el-mundo.

En el emergente grupal de la queja recurrente, que tiene diversos portavoces, podemos encontrar, como ya adelantamos, el interjuego y coexistencia de ansiedades ligadas a la pérdida y al ataque que Enrique Pichon –Rivière trabaja en el análisis de los procesos grupales. Según este autor, en el acontecer, tanto subjetivo, como grupal, institucional y social se despliegan vivencias depresivas que pueden ser expresadas, entre otras formas, como queja. Quizás se recurre a la queja porque en ella está aludido, más aún, paradójicamente presente, lo perdido, lo no alcanzado, lo que no se dio, o lo que se dañó. Vemos aquí el nexo entre queja y melancolización, lo que nos lleva a la problemática de las actuales formas de duelo y sus posibilidades de elaboración.

Las ansiedades depresivas coexisten, se enlazan y potencian recíprocamente con las de naturaleza persecutoria, depositadas en ese supuesto interlocutor contradictorio, pleno de promesas, idealizado y a la vez indiferente devastador de anhelos, el que se torna cada vez más difuso e inidentificable, y por tanto, más peligroso.

La intensidad y ritmo de ansiedades, su coexistencia y cooperación, pueden conducir a una pérdida del carácter instrumental de las técnicas del yo, configurándose lo que se define como una situación de obstáculo, que deteriora o rompe la dialéctica sujeto/ realidad, en la que consisten los procesos de aprendizaje, la construcción de salud mental.

La necesidad de una tarea de elaboración de la situación de obstáculo, a través del descenso de ansiedades

y la recuperación de la instrumentalidad del yo en la relación con el mundo, condujo a Pichon-Rivière a la creación de un dispositivo de trabajo, al que denominó técnica de grupo operativo, la que se sustenta en una concepción de sujeto y de grupo.

### **Queja y discurso en el grupo**

El destinatario difuso y amenazante de la queja, así como la causa del padecimiento, a veces aparecen nombrados en el discurso que circula en el campo grupal de modo tan abstracto como el destino, aquí, aquello, siempre, el poder, el sistema, el grupo, la institución, ustedes, ellos, el otro, los otros, todos. Por ello, la forma de enunciación que caracteriza a la queja estereotipada remite, en muchos casos, a trabajar la problemática de la comunicación, tal como la plantea Watzlawick, particularmente en lo ocultante de la ambigüedad y la generalización.

Se da en el juego interaccional-comunicacional al que hacemos referencia, una múltiple reiteración: la de aquellos que se quejan y la de aquél o aquellos destinatarios de la queja. Se trataría de una forma de inmovilismo a doble vía. Por la articulación en la carencia que une a sus portavoces, por su carácter defensivo ante una posibilidad de redefinición de situaciones, la queja pareciera ser un mensaje cuyo verdadero destino es no tener escucha. Aventuraría la hipótesis de que es un código relacional, inconscientemente acordado, registrable en la pareja, la familia, las instituciones.

Hemos hablado de la naturalización de la queja y si bien ésta es un fenómeno social, que trasciende y a la vez interpenetra el ámbito grupal, ¿qué ocurre en el mismo? El supuesto mensaje se estructura de un modo que en el aquí y ahora de la interacción no tiene receptividad, no genera un real interlocutor. Es un reclamo que no conmueve. En su insistencia se desgasta y crece en superficialidad e inautenticidad, o al menos no logra, desde su estructura, desde el lugar y la forma en que se emite, movilizar la transformación de la situación a la que alude. Manifiesta el malestar, pero no lo modifica.

Por su impotencia y escepticismo, que suponemos encierra su carácter resistencial, no se incluiría en una estrategia de cambio, a la vez que suele expresar una descalificación conciente o inconsciente, de sí y de los otros. Creemos que esa descalificación que circula en el diálogo, que aparece como situación instalada, y no como hecho aislado, es la que quita receptividad al reclamo, en tanto en él habría un sub-texto: "hagas lo que hagas, no será suficiente" o, "sé que no seré, no seremos escuchados". Esa falta de receptividad profunda no quita que la queja, en tanto expresada por uno o varios integrantes promueva identificaciones y resonancias. Es parte de la modalidad comunicacional.

No circunscribimos, en este análisis, la queja al discurso de un sujeto en particular. Planteada por uno o por muchos, lo que le da identidad a esa conducta es su circularidad, que evoca al coro, la letanía, el soliloquio. Genera la vivencia para quien la oye, de que un destinatario -quizás el más significativo- no está presente, ni en tiempo ni en espacio.

La queja cumple en el campo grupal una diversidad de funciones. A veces homogeneiza, operando como protección o negación ante una diferencia, la que hoy es sentida intensamente como riesgo. En ese caso, permite identificaciones que no se dan en otros planos de relación. Crea una forma de grupalización. Por ello encontramos grupos que se cohesionan como tales en la queja, aunque ésta no tenga la potencia organizadora y transformante de la protesta, o de otras situaciones que movilizan búsquedas de cambio.

Ubicándonos en la problemática, actualmente intensificada en su vigencia, del rechazo a lo diferente, la búsqueda de lo especular, la ambivalencia o el temor a la situación grupal, el quejarse pareciera también una modalidad de demarcar los límites del yo, amenazado por la co-presencia que el grupo implica. En este caso, la queja remitiría a una clausura narcisista en la forma, a la vez que defensiva en el sentido.

Podemos agregar a lo dicho otra hipótesis: si los sujetos registran dolorosamente la ausencia de la necesitada función de apoyatura social, institucional o grupal, la queja puede operar como una forma ilusoria y alienada de sostén ante ese vacío insondable.

## Recorriendo una historia no muy lejana

Hemos señalado ya, la necesidad de inscribir la problemática de la queja en la dialéctica instituyente entre orden social, subjetividad y grupo e indagarla en una historia reciente que nos diga de condiciones para la emergencia de la queja en los procesos grupales. Dijimos también que las relaciones sociales se manifiestan, portadas por los sujetos y con modalidades específicas, en el campo interaccional del grupo. De allí, que la cotidianidad y sus vicisitudes den lugar a formas de significación del ámbito grupal, así como de posicionamiento y relación en el mismo, en cada momento histórico concreto<sup>2</sup>.

En nuestro país, Argentina, a fines de la década del 60 e inicios de los 70, cuando comenzamos nuestra investigación, se vivía un período de intensa movilización social y politización de vastos sectores de la población. En el ámbito grupal la discusión abierta, la explicitación de ideologías era un hecho frecuente, llegándose a la confrontación con facilidad. Los grupos eran significados positivamente como horizonte de debate e instrumentos de transformación. El vínculo podía albergar hostilidad sin quebrarse, sin dominancia de fantasías de catástrofe. El malestar daba lugar al cuestionamiento explícito del poder y se esbozaban proyectos de cambios profundos. Esto no obviaba la existencia de tendencias homogenizantes, en la que lo persecutorio era proyectado afuera del campo grupal o alojado en quien no se implicaba en la conmoción compartida. Este sujeto era evitado, marginado o insignificante. En ese clima, tan antagónico a la melancolización, la queja no alcanzaba relevancia.

En los años 74-75, tiempo de crueles enfrentamientos, intensa violencia política, desestabilización y nuevas formas de represión, ¿qué ocurría en el ámbito grupal? Se observó un significativo incremento de las vivencias persecutorias y la desconfianza establecía una mayor distancia entre los integrantes. En la vida cotidiana se multiplicaban fuentes de ansiedad y confusión. En la interacción grupal era registrable la formación de subgrupos, identificaciones parciales y situaciones de descalificación, lo que a su vez era hegemónico en el discurso social. También crecían zonas de silencio. Si bien se incrementaba el malestar y debilitaba la protesta, la vertiginosidad de los hechos, el padecimiento y la incertidumbre no se expresaba significativamente en queja.

En 1976, con la dictadura militar, se instaló el terror. La devastación y la muerte, legitimadas por un poder despótico, que se presentaba como ideal, se convirtió en horizonte de la cotidianidad. Ante esto, algunos se refugiaron en la negación, otros en el silencio, a la vez que se gestaban nuevas formas de resistencia y lucha. La significación social y subjetiva de lo grupal, fue en ese período, agudamente contradictoria.

El autodenominado “proceso”, coherente con sus objetivos, apuntó a la destrucción de las formas participativas, ámbitos sociales de pertenencia en las que se despliegan redes identificatorias y se sostiene la subjetividad. Se clausuraban así instancias de pensamiento creador, crítico. El encuentro y el lazo solidario eran antagónicos con el régimen y éste los tornó peligrosos para el individuo, el que quedaba aislado, sin apoyaturas, aterrado. Esto lo empujó muchas veces al encierro en un mundo privado, ya que estar en grupo, identificarse con pares, era visualizado como transgresión a una ley no escrita, pero explicitada con sangre. Así el sujeto, desgajado de sus espacios de sostén y pertenencia, se sentía inerme, amenazado en su cuerpo por el exterminio y en su mundo interno por la desorganización.

Entiendo que es un largo camino el de evaluar las consecuencias de daño psicológico que esto generó y que se vio exponencialmente potenciado por la fragmentación, autocentramiento y exacerbado subjetivismo e individualismo de la década del 90.

¿Cómo vimos significado el grupo y el pensamiento en ese período del terror? La inserción grupal estaba marcada por un intenso conflicto: las vivencias de caos interno y externo, la crisis de las apoyaturas previas conducían a muchos a la búsqueda de un grupo como refugio, pero a la vez los grupos estaban demonizados. Pesaba sobre ellos el estigma de la subversión. Sin embargo, la multiplicación de grupos en ese momento represivo, hablaba de lo intenso de la necesidad de ese apoyo, de situaciones de encuentro e identificación.<sup>3</sup>

En los grupos investigados encontramos notorios procesos de idealización. El grupo era requerido e

ilusionado como espacio de encuentro, de libertad, comunicación, creatividad y respeto. Se depositaba en él todo aquello de lo que el sujeto había sido despojado. El grupo era, en esa relación idealizada, un espacio reparatorio, más aún, aparecía teñido con la mencionada fantasía de gratificación ilimitada. Representaba una frontera que separaba de las frustraciones cotidianas.

La regresión aparecía bajo la forma de tendencias fusionales en un contexto social de destrucción y muerte, conciente o inconscientemente registrado. Evocamos aquí una frase de R Kaës: "Construir un grupo es darse mutuamente la ilusión metafórica de ser un cuerpo inmortal, omnipotente. El grupo se construye como prótesis y sustituto de un cuerpo sometido a la división y a la muerte".

Más allá de la ambivalencia y la parálisis, o a pesar de ella, más allá de las alternativas de fusión, sospecha y escisión (exclusión) de lo diferente, los grupos y las instituciones que los albergaban eran objetos idealizados a preservar. La idealización y regresión, que serían favorables -ante la inevitable frustración- a la emergencia de la queja, no operaban en esa circunstancia como condición de su producción. Esa ausencia, nacida de la necesidad de sostenerse y sostener los espacios idealizados, podría articularse con la homogenización y la intolerancia y expulsión de lo diferente.

Otra línea de interpretación, complementaria de la anterior, sería que en esas conductas de idealización, homogeneización e intolerancia se daba también una reedición especular, en ese supuesto refugio, del discurso del poder y la ideología dominante.

En ese ámbito tan contradictorio se mantenía, sin embargo, la posibilidad de cuestionamiento y lectura crítica del acontecer cotidiano. Esto nos habla de un situacional plano de función yoica, con relación a aquello que estaba más allá de la frontera grupal o institucional y que era objetivamente un poder opresor.

El carácter de apoyatura y ámbito de resistencia y creatividad que en ese momento tuvieron los grupos, alcanza su carácter más avanzado, su condición de paradigma en aquél que marcara un hito en nuestra historia reciente: el de las Madres de Plaza de Mayo. A su vez la necesidad de preservar la identidad, la capacidad de producción colectiva en el encuentro y la identificación, tuvo un inolvidable analizador en el movimiento multigrupal conocido como "Teatro Abierto" y su impactante resonancia social (1982).

Sostener la idealización y el intenso antagonismo con un perseguidor real, en un universo maniqueo, en que el mal era absoluto, identificable y lo bueno no podía ofrecer fisuras, dejaba poco espacio para la queja, ya que la relación con el poder no era de queja, sino de odio y rechazo hacia un perseguidor presente y crecientemente desenmascarado, con el que se incrementaba el antagonismo. A la vez operaba el que la queja, aun en sus formas desplazadas podía ser, desde ese poder, interpretada como delito y transgresión, lo cual era internalizado por el sujeto, en un orden en que reinaba el mandato de silencio.

El haber vivido e indagado esa situación, nos permite comprender lo arcaico, lo primario de los fundamentos de la situación actual de queja y sus antecedentes históricos en relación a los grupos, hoy.

En el último período de la dictadura, se advertía, particularmente en los grupos de aprendizaje, una gran movilización, consonante con la que en el plano social, precedió y se multiplicó en la guerra de Malvinas y nuestra derrota. Emergió entonces el cuestionamiento abierto, hasta allí silenciado, y a veces este adquiría en el ámbito grupal características masivas, de violenta protesta, destinadas particularmente a aquello que evocara un orden instituido.

En los inicios del gobierno democrático, y también en los meses previos, el campo grupal vuelve a ser significado como espacio de participación e instrumento de proyectos. Podemos hablar de un tiempo de euforia que se diluiría poco después, cuando la dialéctica esperanza -frustración que recorrió la vida social, se expresara en la situación grupal como interjuego ilusión-desilusión.

Una fuerte contradicción entre expectativas e idealización por un lado y momentos de intensa desconfianza, con una puesta a prueba del otro, de la situación grupal, en la que a la vez subyacía el anhelo de sostener la ilusión inicial, marcaban formas de la vida en grupo. Ese acontecer resultó propicio para la emergencia de la queja, en su múltiple dimensión: personal, grupal, social. Esto constituye un significativo antecedente de lo

que hoy se manifiesta.

### **Nuevo Orden Mundial y Posmodernidad: de la cultura de la ilusión y la promesa a la cultura de la queja.**

Las últimas décadas del siglo XX y los inicios del XXI, que hoy transitamos están marcadas por vertiginosos movimientos de crisis y cambios, que han modificado sustancialmente diversos planos de la vida social, las instituciones, modalidades organizacionales y formas de vinculación y comunicación. Es observable el surgimiento de nuevos rasgos de subjetividad, así como transformaciones cualitativas en el acontecer y significación de los procesos grupales.

La unificación de los mercados, con expansión global del capitalismo imperialista en creciente concentración de riqueza, la desaparición del bloque socialista y la previa derrota de las revoluciones que lo gestaron, dan lugar a la emergencia y consolidación de lo que se autodenominó , como lo hemos mencionado más arriba, "nuevo orden mundial". Este se presentó como "el fin de la historia", morada del "último hombre", culminación de la evolución social e ideológica de la humanidad. "El mundo uno" implica la universalización de los ámbitos comunicativos, caída de fronteras, aplanamiento o desaparición de los conflictos.

La promesa y la seducción, eran las cualidades más relevantes de su discurso inicial, que auguraba el logro de un bienestar sin fin, en el que cumpliría un rol central el desarrollo tecnológico, el que estaría a la mano de cada sujeto.

Ese discurso de la llamada globalización no mencionaba relaciones de poder, aunque las ponía en acto, y encubría la realidad de desigualdades cada vez más profundas y desgarradoras, intrínsecas al modelo de concentración creciente de riqueza.

Subyacía a estos exultantes anuncios la velada amenaza de exclusión, desaparición y caída sin fin de quienes no se adaptaran a las leyes de esta "mutación histórica" El interjuego de seducción y amenaza, desplegado en cada espacio de la vida social, y obviamente las condiciones objetivas de existencia impuestas por esta organización económica, social y política, penetraron hondamente en la subjetividad, dando lugar al desarrollo de nuevos rasgos de la misma.

La narrativa del nuevo orden se articuló en la promesa y la seducción con la que se expresaba el pensamiento postmoderno. También éste, desde su particular perspectiva y origen, anunciaba y legitimaba la idea de "mutación histórica". Ésta consistiría en una inversión radical de la relación sujeto-sociedad, con centralidad absoluta del individuo.

El postmodernismo, recogió anhelos e instaló ilusiones, que no encontraron -hoy lo sabemos- anclaje de realidad. Interpretó tendencias y movimientos de cambio, las crisis y decadencias, la expansión de ciertos valores y prácticas, como el desarrollo de una sociedad "abierta, plural, flexible, basada en la información, las necesidades... Sociedad en que las instituciones se adaptaban a las motivaciones de los individuos..." (Lipovetzky). Esta nueva forma social se gestaba desde la ley del goce, con infinita libertad de elección en los distintos planos de la existencia, y en la que el acceso a los bienes no tendría límite.

La realización personal, el ser uno mismo y desde sí mismo, la autonomía, se constituían en el valor central. La idealización de los propios anhelos, la fantasía de gratificación ilimitada, necesariamente redefinirían el lugar del otro, de los otros, de los grupos en las necesidades y el proyecto del sujeto.

En ese universo soñado, reinaría el respeto por la diversidad. Pero -y eso era lo no dicho, o quizás lo no pensado- desde ese posicionamiento más autista que narcisista, ese otro perdía significatividad como fuente de gratificación, o lo que es más grave aún, podría ser un obstáculo para ella. Esa forma de paraíso en la tierra implicaba en realidad atomización y fragmentación social.

Estamos ante una paradoja: la ilimitada riqueza de lo múltiple, en su libre fluir, el quiebre de la homogenización que reinaba en las sociedades disciplinares, el despliegue de los deseos personales en un mundo que albergaría y estimularía la diversidad, pareciera dejar lugar solo a la identificación especular o la indiferencia. Contradictoriamente, en el universo de lo particular, de lo personalizado, solo se tornaría



deseable, significativo, lo idéntico.

En sus comienzos, el discurso del nuevo orden mundial recoge y manipula esta ilusión postmoderna y la replantea en su propio lenguaje. Pero la dirección objetiva de su desarrollo conduce a hechos contundentes, antagónicos con la promesa inicial. Se le impone entonces una reorganización de la producción, que no solo precariza el trabajo, sino la vida social en su conjunto, instalando un horizonte de amenaza, para un sujeto en riesgo, muchas veces capturado por el terror de inexistencia.

El mercado, que se absolutiza como institución fundamental del nuevo orden, normatiza la vida, penetrando con mayor profundidad en las emociones, gestando nuevas formas vinculares y de subjetividad. Desde su lógica, el otro ya no es prójimo, alguien en quien me reconozco como semejante, sino rival a derrotar o destruir. La competitividad excluyente, el individualismo más exaltado se instalarían en los sujetos y en las estructuras de relación. La cosificación de sí y del otro llevó a los vínculos a un plano de voracidad y recíproco consumo.

Fracasada la supuesta utopía del nuevo orden, los hechos devastan a los sujetos y la vida social. A la vez que el discurso, como hemos dicho, sentencia: "éste es el único mundo posible". La máscara cae, desnudando la crueldad de las relaciones de poder y su presencia en el plano de lo interpersonal.

La situación de desamparo que esto generara, daría lugar a diversas respuestas. Una de ellas es la sobreadaptación, que lleva a la construcción de un falso self, una falsa identidad, en la que el sujeto se aliena, se desconoce en sus necesidades. A la vez, su defensa ante el pánico es, muchas veces la identificación con el agresor. Asume entonces, como conducta espontánea, lo que es mandato y discurso de otro, en una relación de sumisión.

Otra forma de respuesta es la personalidad light, en la que el sujeto pareciera dispersarse en la superficie de las cosas, en una relación de exterioridad y banalización, hacia sí mismo y hacia los otros. La vivencia de futilidad y vacío, que subyace a esa conducta puede ser signo de una depresión silenciosamente instalada.

Otros, ante la imposibilidad de simbolizar y elaborar su angustia, de dar la respuesta supuestamente adecuada, descargan la frustración e ira que les invade, en la acción destructiva, buscando aniquilar la fuente de ansiedad en el mundo externo, situación en la que fracasan una y otra vez, pero que no cesarán de repetir, yendo de víctima en víctima. En tanto han registrado y asumido, desde los inicios de su vida, la desvalorización social de su existencia, de su condición humana, buscarán hacer experimentar a otros su propio pánico, en un fallido intento de desprendimiento del mismo. Su refugio es la droga y la banda, que acompañan y potencian esta conducta de daño hacia sí y el otro. La violencia sin sentido, criminal, presente en nuestra cotidianidad, tiene una de sus causas en este proceso.

Planteadas estas líneas de reflexión e investigación, podemos decir que, derrumbadas sus esperanzas, el sujeto queda en soledad, fragilizado, vulnerable, carente de sostén, rodeado de aquellos que vive como antagonistas. Surge, en la desilusión, en la relación con el poder, consigo mismo y con los otros, una cultura de la queja. Una percepción del mundo y de la propia vida desde lo que no fue, ni será.

Estas vivencias subjetivas son estimuladas cuando no producidas desde las relaciones de Poder. Asistimos al despliegue de una estrategia de dominación, que manipula ciertos rasgos subjetivos en función de sus intereses.

La cultura de la queja no es ingenua, ni en su penetración ideológica, ni en su significación política. Un ejemplo de ello es que, en la actual crisis que conmueve a nuestro país y al mundo, la instalación sistemática en la queja, expresa un a modalidad de naturalización paralizante ante la misma. En dicha estrategia, cumplen un rol fundamental, los medios de comunicación de masas.<sup>4</sup> Esa dramática social y personal tiene expresión y escenario en las relaciones grupales, en las que el encuentro y los procesos identificatorios estaban ya profundamente perturbados.

Lo vivido en nuestro país en las últimas décadas nos habla de la falta de apoyatura social, en una situación marcada por la anomia, cambios de ideales y modelos. El quiebre o fracaso de las instituciones crea un vacío de referentes, el que se da en un acelerado movimiento de crisis, con colapso de lo previo y ambigüedad e inestabilidad en lo que emerge.

Como hemos dicho insistentemente, una compleja constelación de hechos aportó a la gestación de rasgos subjetivos que se manifiestan en las relaciones interpersonales como temor al contacto, desconfianza, rechazo de lo diferente, susceptibilidad extrema, vivencia de maltrato, hostilidad y desidentificación.

En tanto crecía y crece la vertiginosidad del acontecer social, se lentificaba y lentifica la construcción del vínculo. Consecuentemente aumenta la ambivalencia hacia la situación grupal, significada muchas veces, ya no como sostén, sino como espacio de exposición, de riesgo e inautenticidad y en la que se proyecta la experiencia de desapoyo y frustraciones que hacen a la cotidianidad, así como el temor a ser invadido por contenidos inelaborables.

El diálogo grupal se poblaba con frases como: “eso es tuyo, no me concierne...”, “en el grupo, tenés que negociar para no ser excluido”, “para estar acá hay que pisar fuerte”.

La escena grupal nos muestra actitudes corporales de repliegue, distancia y a veces rechazo. Se multiplicaron y multiplican los que Rousillon llama espacios intersticiales, como lugares de depositación de lo que no encuentra palabra o no puede ser dicho en la situación grupal y que sí puede ser expresado en el fugaz cruce de un pasillo, en un baño o el bar. Esto habla del debilitamiento de la vivencia del nosotros como imaginaria frontera, que en general marca un salto cualitativo en la integración grupal.

Muchos procesos grupales se empobrecieron desde el individualismo exacerbado, que encierra al sujeto defensivamente en los límites del yo, en un universo de ruptura, aislamiento, insignificancia. Allí creció la queja como modalidad interaccional, porque creció un malestar que no parecía encontrar espacio ni lenguaje para ser nombrado. A la vez, entendemos que se mantiene, como fondo de esta figura, el anhelo de protección, de escucha, de sentirse a salvo, de recuperar aquello que estuvo en el origen de la propia subjetividad.

Aún penetrando en la comprensión de estos fenómenos, hubiéramos creído que los grupos, a los que pensamos como condición de la historia, de lo humano estaba condenados a una forma de extinción en esa existencia penosa, desintegrada, o como máximo, efímera. ¿Qué desmintió y desmiente esa mirada unilateral y pesimista? Esas mismas condiciones de existencia, que hirieron tan hondamente al sujeto, que deterioraron la grupalidad, originaron contradictoriamente, la emergencia de nuevas formas de organización, que surgen y se gestan en la época de la descartabilidad: la década del 90.

Entre nosotros, en la situación extrema de la crisis, muchos pudieron romper la cárcel del aislamiento, del desmoronamiento depresivo en que los había arrojado su sentimiento de impotencia ante un orden social despiadado. En el resistir, en el hacer con los otros, se fueron descubriendo como sujetos sociales de poder, reposicionándose ante las instituciones, adquiriendo un nuevo protagonismo en la vida social. Y esto no se dio desde la queja, sino desde la rebeldía, la protesta que se expresa en formas creativas de lucha.

Estos procesos fueron creciendo en intensidad, hasta que estallaron masivamente en diciembre del 2001, con una participación popular que dio cuenta de lo profundo del malestar preexistente. Esas nuevas formas de organización social, que habían nacido previamente, ocupan un primer plano en la escena, se replican y multiplican.

Si bien ese auge de movilización declinó meses después, queda sin duda latente, como potencial que se actualiza ante cada violación de un derecho, ante cada injusticia. Piquetes, marchas, escraches, movilizaciones en pueblos y ciudades que involucran a la gran mayoría de la comunidad, así como tantas formas de trabajo cotidiano dan cuenta de gestación y desarrollo de modalidades de grupalidad cuya lógica procuramos entender.

Podemos decir hoy que tendencias opuestas, las que instalan en la queja y las que movilizan activamente a la transformación, las que conducen a la búsqueda de la grupalidad o el extrañamiento ante la misma, tienen como escenario de emergencia y batalla a los sujetos, sus redes vinculares, el orden social y sus instituciones.

### **La historia continúa, ¿hacia dónde?**

Los contenidos centrales de este texto se elaboraron en abril del año 2007. En ese período se vivían en el mundo los últimos momentos de un ciclo de reactivación de la economía en lo que aparecía como un capitalismo floreciente. En este fenómeno de superficie latía ya intensamente como trasfondo, la agudización de las contradicciones fundamentales de este sistema, a las que hemos hecho referencia insistentemente en trabajos anteriores (nota bibliográfica). Aun así los signos de la profunda crisis social que crecía no podían ocultarse.

En Europa los hechos violentos que se iniciaron en noviembre del 2005 ponían de manifiesto la frustración y rebeldía de los jóvenes de los sectores populares, ante la realidad y perspectiva de su desinserción como trabajadores y ciudadanos plenos. Aun así, no había estallado todavía, con la magnitud y la fuerza con que hoy se expresa, la crisis y el colapso que irrumpe y desorganiza la cotidianidad en el mundo, en tanto golpea las entrañas de los centros de poder. De esta crisis no se avizora la salida y ya supera a cualquiera de las conocidas por el capitalismo, al punto de empequeñecer los fantasmas de la temida depresión de 1930.

La Argentina, no fue ajena a esa reactivación económica. Parecieron cumplirse entonces los objetivos de los sectores dominantes de lograr el retorno a una "normalidad institucional" y la gobernabilidad de un pueblo que había clamado "que se vayan todos". Ese pueblo a la vez y contradictoriamente, no deseaba retornar al pico de la crisis vivida en el año 2001, aun cuando registraba el antagonismo existente entre las instituciones del Estado y sus propias necesidades, expresado en su incapacidad para generar respuestas y un creciente grado de colapso. Frente a esto se repositonó ante ellas con una nueva visión del poder. Situación que persistió en los últimos años, aun en los momentos de mayor expectativa de cambio.

Surgen entonces o toman nuevas formas algunas contradicciones sociales de fuerte impacto subjetivo. Señalaremos algunas, las que se daban entre pueblo y Estado, entre el registro de lo insatisfactorio de las respuestas que la nueva situación ofrecía y la memoria inmediata del hondo padecimiento sufrido, coexistiendo con una necesidad de instalarse en una cotidianidad con referentes, que no estuviera en permanente desestructuración. A esto se sumaba un hecho fundamental: el crecimiento económico, que si bien no resolvió la crisis social, permitió la recuperación, en algunos niveles, de ese organizador psíquico y social que es el trabajo, ofreciendo alivio a lo que hasta allí se vivía y que hemos descrito como horizonte de amenaza, terror de inexistencia.

Este acontecer se daba en un clima permanente de desmentida de la percepción. El destinatario de ese doble discurso o desmentida era y es un sujeto que ha logrado un inmediato registro del daño que le es infligido, ya que sus heridas no se han cerrado, y esta en alerta ante la frustración. Todos estos factores se conjugan para crear nuevamente una situación de malestar e incertidumbre, que para muchos continúa orientándose hacia el escepticismo y la queja. Otros, en cambio, se atreven a ganar nuevamente protagonismo social, como se expresó particularmente condensado en la masiva y heterogénea rebelión agraria.

Ese ejemplo, y muchos otros que marcan nuestra vida social señalan que la protesta y la apropiación de de las calles, del espacio público como ámbito de reclamo y manifestación de descontento, han quedado inscriptos, como aprendizaje, en la memoria y el hacer del pueblo, activándose ante determinados hechos.

Ante la magnitud y profundidad de la crisis que es nuestro actual escenario de experiencia, se abren nuevos interrogantes acerca de los efectos que tendrá la misma en las relaciones sociales y como incidirá en la subjetividad y en la dimensión de lo grupal.

## La queja, los grupos y los grupalistas

Quisiera darle un situacional cierre a este trabajo, reflexionando acerca del impacto que las formas de grupalidad actual, y particularmente la queja, despierta frecuentemente en quienes nos dedicamos al trabajo en grupo. No somos sujetos distintos de aquellos que integran los grupos que coordinamos, ni vivimos en otro orden sociohistórico. En nosotros la contradicción individuo-grupo está presente, quizá -como lo señala D. Anzieu- con mayor intensidad que en otros sujetos. El grupo se nos significa un objeto idealizado y a la vez temido. Tendemos, muchas veces, a desarrollar con nuestro rol de "grupalistas" una fusión de naturaleza narcisista que puede ubicarnos en una situación de autorreferencia respecto del acontecer grupal, obstaculizando la comprensión del padecimiento psíquico que para muchos, hoy, significa el transitar un proceso grupal. Mas aún, condenando las expresiones de ese padecimiento (que es también el nuestro).

Referidos a un grupo idealizado, de otro tiempo y otro lugar, un "topus uranus" un grupo que nunca existió objetivamente, aunque nuestra experiencia se haya desarrollado con distintas modalidades, desconocemos muchas veces nuestra intolerancia a lo diferente y no exploramos con suficiente rigurosidad y en lo concreto de sus manifestaciones, los nuevos rasgos de lo subjetivo y lo vincular, que son también nuestros.

Vulnerabilizados, la insistencia de la queja en el campo grupal nos genera sufrimiento, desesperanza, hastío, ¿cuántas veces nos quejamos de la queja? Ese es un emergente de nuestra relación persona-rol-campo de trabajo, que nos lleva a indagar las múltiples situaciones de transferencia que se dan en el campo grupal, procesos y situaciones que nos implican profundamente. Esa indagación, que tiene como modelo el trabajo realizado por H. Kesselman, E. Pavlowsky y L. Frydlewsky en Escenas temidas del coordinador de grupos, el que marcó para muchos de nosotros un hito en nuestra formación, la retomamos hoy, requeridos de avanzar en un acercamiento más sostenido y continente al campo grupal.

Se trata de desarrollar una tarea de elaboración de nuestro rol, de la función y sentido de la interpretación, de las relaciones de poder que se dan en ese proceso que es nuestro campo de tarea. Apuntamos a crecer con quienes -al integrar un grupo en el que se ejerce una intervención psicológica, exponen- a veces con profunda resistencia, a veces en una conmovedora búsqueda, sus aspectos más íntimos, en la construcción de un auténtico "vínculo habilitante para la tarea a compartir".

Y así como coexisten y se contraponen la queja y la acción transformadora, nuevas y diversas modalidades de vinculación, entiendo que tenemos ante nosotros, un complejo y apasionante camino de trabajo, en el que se de -como decía Pichon-Rivière al referirse a la estructura vincular madura, "el reconocimiento de sí y del otro en un permanente movimiento en espiral".

Es mi aspiración que estas líneas, que surgen de la reflexión acerca de mis propias vivencias y tarea y de las de los compañeros que generosamente compartieron las suyas conmigo, se inscriban en ese camino.

Buenos Aires, marzo 2009